

DOS RELATOS

LOS AMIGOS

Desde que la vio salir con la madre de la Iglesia Catedral, desapareció de la reunión de los viernes en el Tupínambá. Si hacíamos preguntas a su vecina nos contestaba que no estaba enfermo, que ella lo oía moverse en el sótano que habitaba y que ahora que llegaba a buena estación volvía a salir después de la siesta con el caballete y la caja sucia de colores a buscar callecitas inéditas en el barrio Sur.

Dos veces antes de la última visité el sótano. Era nada más que eso, con una letrina arrinconada y unos barrotes que descansaban a la altura de la vereda, con ventana con un agujero de pedrada en un vidrio y una cortina hecha con una bolsa de arpillerá teñida de rojo oscuro, en forma tan dispareja que me hacía pensar en un vigoroso, casi imposible vómito horizontal de vino tinto; la cama hundida, un gran cajón como mesa, una lamparilla sucia y desnuda colgando del techo. El resto era todo suyo: el polvo ya convertido en dura

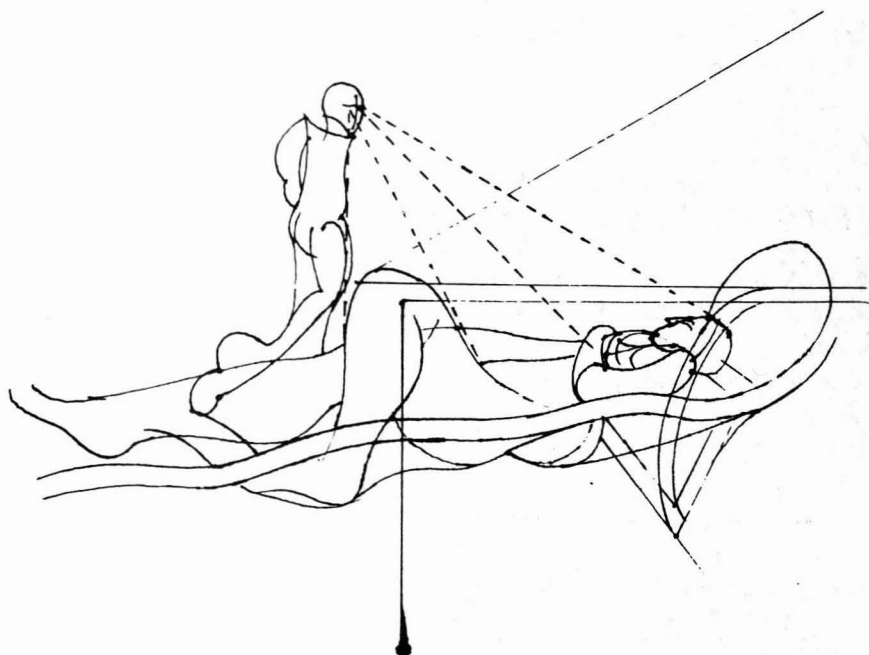
mugre por las lluvias que entraron a través del agujero en el vidrio, los cartones pintados o vírgenes, todos curvados por los veranos; las ropas sucias y viejas, desparadas sobre el piso de baldosas que fueron rojas. Y, sobre todo, lo verdaderamente suyo, lo que no podían estafarle en el Salón Nacional ni el Municipal, el olor agrio, el olor de su cuerpo enfermo y envejecido, el olor repugnante que van formando como capas superpuestas los sudores nunca lavados, la mezcla de axilas y de pies cansados.

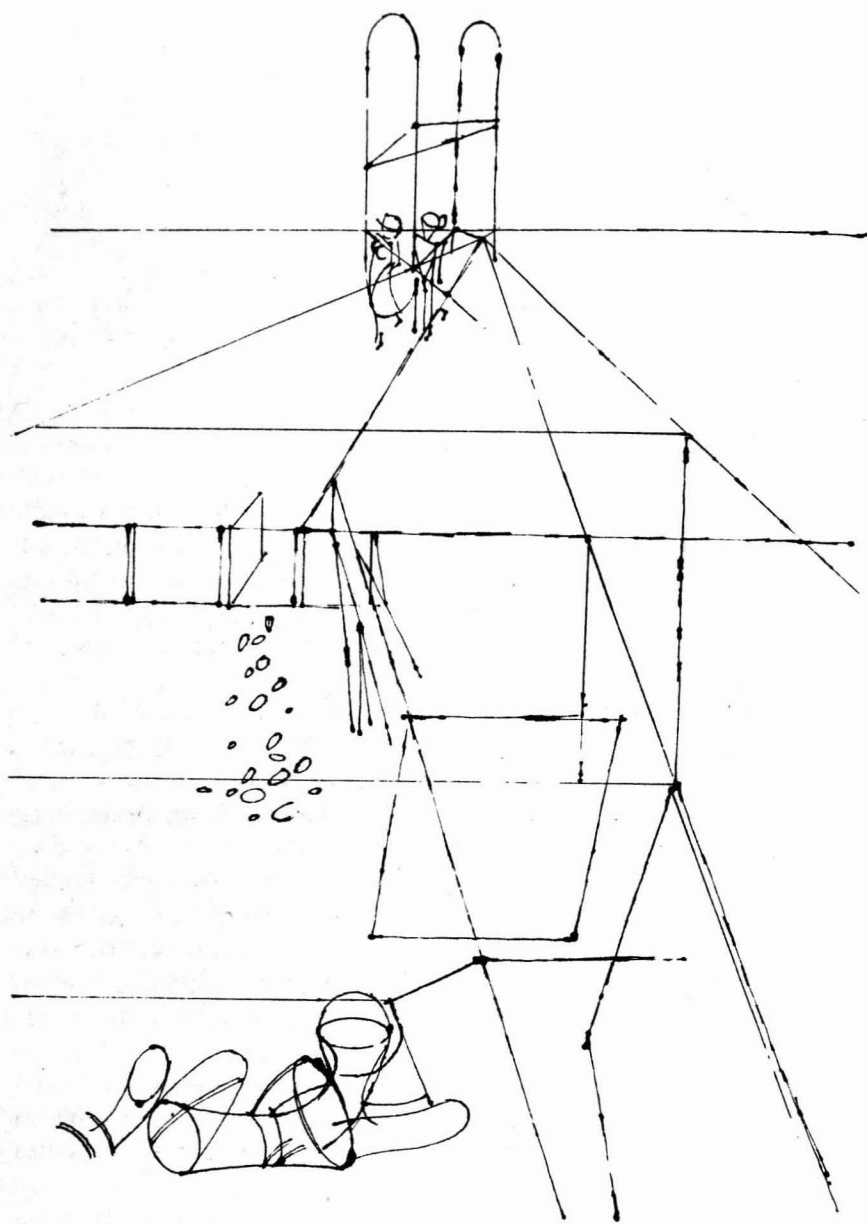
Así y allí vivía Simón. Hasta que un día fui comisionado por los pseudoartistas que se reunían conmigo en el café para quebrantar la consigna de la vecina, "no quiere ver a nadie, ni siquiera a mí", y enfrentarlo en el cubículo para exigirle que explicara sus ausencias.

La noche de la decisión, para aplacar la misoginia del pintor, los poetas melencólicos y sin lugar para publicaciones de sonetos, elegías y versolibrismo, los picassos sin salones, resolvimos que era imprescindible reunir dinero y copiar a Zeus con Danae. Los más generosos fueron los autores de plaquetas con poemas que leían entre arrebatos de admiración sus familias, novias y rodeadores de nuestra mesa del café. Yo entre ellos.

Hablamos con el encargado de medianoche y conseguimos que todos nuestros billetes fueran transformados en monedas de plata, valor cincuenta centésimos. Antes del arribo de la chusma insolente y verduga las monedas eran así, insisto, cincuenta centésimos de plata. Hoy se usan monedas del mismo diámetro de cinco millones, cambio chico, tan grises de plomo como un atardecer lluvioso en lunes de invierno.

Cinco cabíamos en mi coche y el resto salió antes caminando. Gonzalo Ramírez, entre Médanos y Ejido. Cafiani, recuerdo, llevaba y defendía la bolsa de papel con los kilos de argent. Esperamos hasta reunirnos todos; había, allá abajo, una luz de vela. Simón estaría leyendo o había olvidado apagarla. La ventana rota estaba abierta y las manos, los puños llenos de plata po-





dían atravesar los barrotes negros y rasposos.

Cuando Hernández susurró: ahora, todos metimos los puños entre las rejas y las abrimos. Nos asustamos del ruido desparrramado tanto, o casi, como se debe haber asustado Simón lector o durmiente. Corrimos en seguida hasta Ejido como si acabáramos de robar algo. Y quién sabe.

Quién sabe, porque cuando dos noches después el tribunal del Tupí decidió que había llegado el momento de exigirle explicaciones por ausencia a Simón, tuve que ir, contestar una grosería a la mujer

del "no quiere ver a nadie" y descender, apartando con los hombros el hedor hasta el cubículo donde Simón leía un libro a la luz de una lámpara de querosén de gruesa hojalata abollada. Le llevaba una botella de grapa, pero él tenía otra, casi llena, en el piso junto al brazo endurecido.

Y ahora otra vez también fue suya la belleza del sueño de ojos abiertos, el presente y el futuro del cuento increíble, nacido de la esclerosis y de las difuntas botellas que acordonaban el sótano.

El cuento, dicho por él desde la conservada mugre de la cama, desparramada en un almohadón perforado, su melena gris y endurecida por antipatía al jabón, levantando de vez en cuando con torpeza la botella ladera, me pareció una montaña rusa, que comenzaba por la rambla entre las ruinas desiertas de la fábrica de gas y la forma pesada del Templo inglés. El mismo arrasando la pierna enferma para siempre, el atril, la caja de madera, la curiosidad inquieta y a veces burlona de los niños de diversos colores que malvivían en el barrio Sur. Así lo vi muchas veces y es la forma que prefiero para recordarlo.

"Yo —dijo con la lengua trabada— dejé de ir a emborracharme con ustedes en el Tupí porque una borrachera en el café me resultaba muy cara y yo necesitaba ahorrar dinero de los ochenta pesos miserables que me da Bellas Artes como pensión, y como si lo hicieran por lástima, después de todos los años que me deben, años de enseñar dibujo y pintura a muchachos porfiados que nunca van a saber, porque los que importan no necesitan maestros para descubrir cómo son y qué quieren hacer. Claro que yo nací en Italia y pude ver muchas cosas antes de venirme a la América. Necesitaba ahorrar dinero y me salía mucho más barato comprar botellas y emborracharme solito en el sótano para poder pagar el ramo de flores que le mando cada fin de mes, cuando cobro la pensión. Amore. Nadie, ni vos que andás de una a otra, nadie puede comprender. Te agarra a traición, como algunas muertes. Y ya no hay nada que hacer, ni patear ni querer destruir. Porque no se sabe si es una cosa

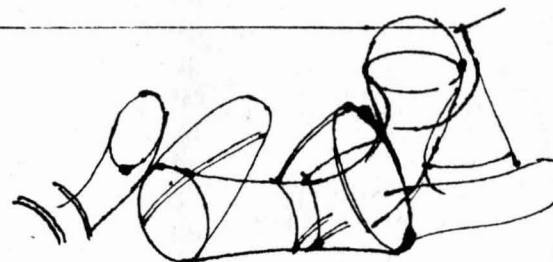
que te golpeó desde afuera o si ya la llevabas como dormida y a veces creíste que estaba muerta para siempre. Y qué paz entonces. Que la llevabas adentro y sin aviso alguno en un minuto salta y se te derrama por todo el cuerpo, y hay que aceptarla, y todavía peor, hay que alimentarla y hacer que cada día aumente las fuerzas, obligarla a que te haga sufrir más. Y no hace ningún caso cuando decís que es imposible, porque ella te contesta que puede ser que sí, pero que está obligado a no perder ese dolor y a seguir esperando, y más y más cuando sabés que la esperanza es inútil. Y todo así y muchas veces, cuando estás sborniato, uno llora y es como si se inclinara sobre la cama para tener compasión de uno mismo, tan viejo y enfermo y pobre. Y después te viene la vergüenza. La vi en la Catedral. Pero antes ella había estado en una exposición de mis cuadros y eligió uno que los padres no le dejaron comprar, aunque tienen millones que podrían tirar para que Dios les perdone haber engendrado ese perfil, ese pelo, ese cuerpo. Pero tuvo que dejar el nombre y la dirección, y así pude, rastreando, encontrarla. Yo les agradezco el dinero que tiraron como granizo fuerte, porque ahora voy a guardar para el casamiento."

Yo pensaba en sus cuadros, en la geometría de tonos apagados como un recuerdo y aquellas casitas en ruina de tan enemigos colores, y que sólo se mantenían en pie por la voluntad de óleos y espátulas.

"Hasta que un día salió de la iglesia sin la madre y cruzando la llovizna le dije: las flores. Y siguió sin oírme, y se dio vuelta y preguntó sin mirarme o mirándome con asco: ¿Y usted cómo sabe? Yo sólo supe decirle: Yo. Y acaso haya comprendido y desde entonces es como si fuéramos amigos."

Cafiani lo había visto muchas noches claras o de lluvia, rígido, un poco metido en la sombra, frente a las luces de la casa de la muchacha. El rostro, torcido e inmóvil, siempre como plateado por el agua o la luna, y nos decía en el café: "Así como la estatua de cinc de su desgracia." Cafiani escribía poemas.

JABÓN



No hizo ninguna seña para que Saad detuviera el coche. La figura estaba quieta y paciente, tal vez aburrida, al borde del camino, junto a un árbol del que empezaba a surgir la primavera como pequeñas lanzas de un verde aún indeciso.

Saad detuvo el coche frente al árbol y vio la gran maleta negra, vio que la persona que le sonrió tenía una cabeza de mujer, joven, extraordinariamente hermosa, un suéter rojo que cubría el pecho sin la menor sospecha de senos; un pecho liso de varón; pantalones negros que no insinuaban el bulto del sexo. Hombre, mujer, efebo, hermafrodita, Saad lo necesitó de pronto, con fuerza y jadeando. Necesitó que subiera al coche, necesitó de aquello con miedo, empezó a creer que lo había estado esperando desde la primera juventud y casi llegó a creer que necesitaría la presencia o cercanía de Ello —el corte de pelo era masculino y no había pintura en la cara— hasta el resto de sus días.

Al entrar, Ello dijo "gracias" y Saad pensó que la voz no había revelado nada. Era la de alguien que hubiera bebido y fumado mucho la noche anterior, hombre o mujer.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó Saad para volver la cabeza y examinar la piel de las mejillas del pasajero: ningún rastro de barba, pero el pecho continuaba hostil y aplastado.

—Un poco lejos. Yo le aviso. Siguiendo derecho. ¿Cuales eran sus planes?

Tampoco había nuez en el cuello blanco. "Eran —pensó Saad— como si Ello hubiera resuelto modificar el viaje proyectado." Y como si pudiera hacerlo, como si